

Delante su presencia,  
Y á vida le reduce gloriosa,  
Y dale ricos dones,  
Por donde agradecido de continuo,  
Con debidos pregones  
Ensalzará sus loas, su divino  
Amor sin pausa alguna  
Por él será bendito, ¡Oh siglos de oro,  
Cuando tan sola una  
Espiga sobre el cerro tal tesoro  
Producirá, sembrada,  
De mieses ondeando, cual la cumbre  
Del Libano nombrada!  
Cuando con mas largueza y muchedumbre  
Que el feno en las ciudades,  
El trigo crecerá; por do desplega  
La fama en mil edades  
El nombre de este rey, y al cielo llega;  
El nombre que primero  
Que el sol manase luz, resplandecia.  
En quien hasta el postrero  
Mortal será bendito, en quien de día,  
De noche celebrando,  
Las gentes darán loa y bienandanza,  
Y dirán alabando:  
«Señor Dios de Israel, ¿qué lengua alcanza  
A tu debida gloria?  
De maravillas solo autor, bendito  
Tú seas; tu memoria  
Vaya de gente en gente en infinito  
Espacio, y bincha el suelo  
Tu sacra majestad, cual bincha el cielo.»

SALMO LXXXVII.—*Domine Deus salutis.*

Señor de mi salud, mi solo muro,  
Juez de mi defensa, á ti voco  
Cuando está el aire claro y cuando escuro.  
Entrada en tu presencia sin rodeo,  
Y halle en tus oídos libre entrada  
La dolorida voz de mi deseo.  
De males crudos, de dolor colmada  
El alma, y casi ya en la sepultura  
Está la vida breve y fatigada.  
Con los que moran la region oscura  
Y triste, con aquellos soy contado,  
A quien faltó el amparo y la ventura.  
Libre y captivo vivo, y sepultado,  
Cual el que duerme ya en eterno olvido,  
Del todo de tu mano desechado.  
Pusíste en el pozo mas sumido,  
Adonde á la redonda me contienen  
Abismos y tinieblas y gemido.  
Asiento en mi tus sanas firme tienen,  
Y sobre mi cabeza sucediendo,  
De tu furor las olas van y vienen.  
Su rostro mis amigos encubriendo  
(Porque, Señor, lo quieres), me declinan,  
O por mejor decir, se van huyendo.  
Antes me huyen, antes me abomoran;  
Contalles mis razones yo quisiera,  
A quien ¡ay! sus entrañas no se inclinan.  
En cárcel me detienes así fiera.  
Que ni la pluma ni la voz se extiende  
A publicar su pena lastimera.  
Cegado he con la lluvia que deciente  
Continua de mis ojos, y continuo  
El grito á ti y los brazos la alma atiende.  
Y dicen: «¿Si verán su bien divino  
Los polvos, ó los huesos enterrados  
Tus loas si dirán con tanto dino?»  
Tus hechos, en la huesa celebrados,  
¿Será de sus grandezas hecha historia  
En la callada tumba, en los finados?  
¿En las tinieblas lucirá tu gloria,  
O por ventura habrá de tus loores  
En la region de olvido gran memoria?  
No ceso de enviarte mil clamores,  
Y aun antes que despiertes tú la aurora,  
Despierto á referirte mis dolores.

¿Por qué, Señor, tu pecho, do el bien mora,  
Desprecia así las voces de un caído,  
Y huyes de mirarme mas cada hora?  
Bien sabes de mi vida cuánto ha sido  
El curso miserable, y cuán cuitado  
Los golpes de tu saña he sostenido.  
Encima de mis cuevas han pasado  
Las olas de tus iras, tus espantos  
Me tienen consumido y acabado.  
Un mar me anega de miseria y llantos;  
No en partes, sino juntos, me rodean  
Un escuadron terrible de quebrantos.  
A los que mi salud y bien desean,  
A todos de mí, triste, los destierras,  
Y porque nada en mi dolor provean,  
En sus secretos crudo los encierras.

SALMO CIII.—*Benedic, anima mea.*

Alaba á Dios continuo, ¡oh alma mia!  
Y todas mis entrañas, dad loores  
A su glorioso nombre noche y día.  
Alaba, y nunca olvides sus favores,  
Sus dones, tan diversos del debido  
A tus malvados hechos y traidores.  
El te perdona cuanto has ofendido,  
El pone saludable medicina.  
A todo lo que en ti queda herido.  
Tu vida, que al sepulcro era vecina,  
El mismo la repara y hermosea  
Con ricos dones de piedad divina.  
Bastécete de cuanto se desea;  
Cual águila, será por él trocada  
En bella juventud tu vejez fea.  
Hace justicia Dios muy apurada,  
Da Dios á los oprimos su derecho,  
A los que oprimen nuestra mano osada.  
Notificó su ingenio y dulce pecho  
Al santo Moises, á su querido  
Pueblo manifestó su estilo y hecho.  
Y dijo: «Para todo lo nacido  
Soy de entrañable amor, soy piadoso,  
Soy largo en perdonar la ira y olvido.»  
No tiene en sus entrañas ni reposo  
La saña, ni sosiego, ni le dura  
Entero en ira el pecho corajoso.  
No fué el castigo cual la desmesura;  
Mas al contrario, incomparablemente  
La pena es menos que la culpa dura.  
Cuanto se encubre el cielo reluciente  
Sobre la baja tierra, tanto crece  
Su amor sobre la humilde y baja gente.  
Lo que hay de do el sol nace adó anochece,  
Tanto por su clemencia, siempre usada  
De nos, nuestra maldad se desaparece.  
Con las entrañas que la madre amada  
Abraza á sus hijuelos, tan amable  
Te muestras á tu gente regalada.  
Conoces nuestro barro miserable,  
Y tienes dibujado en tu memoria  
Que nuestro ser es polvo vil instable.  
De nuestros años la mas larga historia  
Es heno, tierra y flor, que en un momento  
Florece y muere su belleza y gloria.  
Pasó por ella un flaco soplo, un viento,  
Y como si jamás nacido hubiera,  
Aun no conoceras do tuvo asiento.  
La gracia de Dios siempre es duradera  
En quien dura su amor, y sucediendo  
Por mil generaciones, persevera  
En los que, su ley santa obedeciendo,  
La escriben en su alma, y sin olvido,  
Y velando la cumplen y durmiendo.  
No solo reinas sobre el sol lucido,  
Mas tu corona alcanza y comprende  
Cuanto será jamás y cuanto ha sido.  
El coro, el cerco, que en tu amor se enciende,  
Déte loor el coro poderoso,  
El que á tu voz divina siempre atiende.  
Bendígate el ejército hermoso

De todas las lumbreras celestiales,  
A quien hacer tu gusto es deleitoso.  
Bendígate tus obras celestiales,  
Déte loores cuanto el mundo cria,  
El mar, la tierra, el aire, los mortales,  
Y alábeté tambien el alma mia.

SALMO CIII.—*Benedic, anima mea.*

Alaba ¡oh alma! á Dios. Señor, tu alteza  
¿Qué lengua hay que la cuente?  
Vestido estás de gloria y de belleza  
Y luz resplandeciente.  
Encima de los cielos desplegados  
Al agua diste asiento.  
Las nubes son tus carros, tus alados  
Caballos son el viento.  
Son fuego abrasador tus mensajeros,  
Y trueno y torbellino.  
Las tierras sobre asientos duraderos  
Mantienes de continuo.  
Los mares las cubrian de primero  
Por cima los collados;  
Mas, visto de tu voz el trueno fiero,  
Huyeron espantados;  
Y luego los subidos montes crecen,  
Humillanse los valles;  
Si ya entre sí hinchados se embravecen,  
No pasarán las calles  
Los mares, que les diste, y los linderos,  
Ni anegarán las tierras.  
Descubres minas de agua en los oteros,  
Y corre entre las sierras  
El gamo, y las salvajes alimañas  
Allí la sed quebrantan.  
Las naves nadadoras allí bañan,  
Y por las ramas cantan.  
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,  
Y das hartura al llano.  
Así das heno al buey, y mil legumbres  
Para el servicio humano;  
Así se espiga el trigo, y la vid crece  
Para nuestra alegría;  
La verde oliva así nos resplandece,  
Y el pan da valentía.  
De allí se viste el bosque y la arboleda  
Y el cedro soberano,  
Adonde anida el ave, adonde enreda  
Su cámara el milano.  
Los riscos á los corzos dan guarida,  
Al conejo la peña.  
Por tí nos mira el sol, y su lucida  
Hermana nos enseña  
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,  
En que salen las fieras;  
El tigre, que racion con hambre dura  
Te pide, y voces fieras.  
Despiertas el aurora, y de consuno  
Se van á sus moradas.  
Da el hombre á su labor sin miedo alguno  
Las horas situadas.  
¿Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos  
De tu sabiduría!  
Pues ¿quién dirá el gran mar, sus anchos senos,  
Y cuántos peces cria?  
¿Las naves que en el corren, la espantable  
Ballena que le azota?  
Sustento esperan todos saludable  
De tí, que el bien no agota.  
Tomamos si tú das; tu larga mano  
Nos deja satisfechos.  
Mas tornará tu soplo, y renovado  
Repararás el mundo.  
Será sin fin tu gloria, y tú alabado  
De todos, sin segundo;  
Tú, que los montes ardes si los tocas,  
Y al cielo das temblores.  
Cien vidas que tuviera y cien mil bocas  
Dedico á tus loores.  
Mi voz te agradecerá, y á mí este oficio  
Será mi gran contento.

No se verá en la tierra maleficio  
Ni tirano sangriento.  
Sepultará el olvido su memoria.  
Tú, alma, á Dios da gloria.

SALMO CVI.—*Confitemini Domino.*

Cantemos juntamente  
Cuán bueno es Dios con todos, cuán clemente.  
Canten los libertados,  
Los que libró el Señor de poderío  
Del áspero enemigo, conducidos  
De reinos apartados,  
De Oriente y de Poniente cierzo frio,  
Del Abrego templado, que perdidos  
Por yermos no corridos,  
Sin encontrar poblado, vagueaban,  
Y ansiosos voceaban,  
Remedio de su mal á Dios rogando;  
El cual luego inclinando  
Su oído con piadoso  
Amor, salvos los puso en buen camino  
Y colocó en reposo.  
Pues lóenle continuo  
Porque hartó la hambre, y alentado  
Hizo de ricos dones abastado.  
Y digan: «Inmortales  
Loores, oh Señor, te den tus obras,  
Tu amor con los mortales,  
Las no vistas grandezas que en nos obras.»  
Aquellos que en cadena  
Moraron en horror en noche oscura,  
De hierro rodeados y pobreza,  
Padeciendo la pena  
Debida á su maldad, á su locura.  
Porque amargaron malos la nobleza  
De la divina alteza,  
Hollaron su consejo verdadero;  
Por donde les colmó el pecho mal sano,  
Sin que favor humano  
Les valga, de miseria y dolor fiero.  
Y libres del primero  
Error, vueltos al cielo,  
Llamarán al Señor que abra la estrecha  
Cárcel, y como al suelo  
La cadena deshecha,  
Celebren el poder por quien quebradas  
Fueron las cerraduras aceradas.  
Y digan: «Inmortales  
Loores, oh Señor, te den tus obras,  
Tu amor con los mortales,  
Las grandes maravillas que en nos obras.»  
Y los hombres livianos,  
Que por seguir sin orden ni medida  
El deleitoso mal, la errada senda,  
Los miembros firmes, sanos,  
Hincheron de dolor, y de la vida  
Perdieron la mas dulce y rica prenda;  
Que á la dura contienda  
No ignales, de la fiebre derrocados,  
Estando ya del todo al mal rendidos,  
Del vivir despedidos,  
Contra todo manjar enemistados,  
A la muerte llegados,  
Con miserable lloro  
Pidieron tu favor, y tú al momento  
Les mandaste un tesoro,  
Ofrezcánte por este beneficio  
Agradecido y justo sacrificio.  
Y digan: «Inmortales  
Loores, oh Señor, te den tus obras,  
Tu amor con los mortales,  
Las no vistas grandezas que en nos obras.»  
Tambien los que corrieron  
La mar, en flaco leño, volteando  
Por las profundas aguas, y probaron  
En el abismo, y vieron  
De Dios las maravillas grandes, cuando  
Mandándolo él, los vientos se enojaron,  
Y las olas alzaron  
Al cielo furiosos; ya se apegan

Con las nubes la nao, ya en el suelo  
Se hunde, y el recelo  
Atóntos los turba, ahila y ciega;  
El grito al cielo llega.  
Mas luego Dios llamado,  
Las mares allanó, serenó el día,  
Y dentro el deseado  
Puerto con alegría  
Los puso. Pues los tales de eminente  
Canten de Dios los hechos á la gente.  
Y digan: «Inmortales  
Loores, oh Señor, te den tus obras,  
Tu amor con los mortales,  
Las no vistas grandezas que en nos obras.»  
Dios secará las fuentes,  
Agotará los rios, y la tierra  
Viciosa yerma á por los pecados  
De las malvadas gentes  
Que moraban en ella, y de la sierra  
Estéril hará frescos verdes prados,  
Y pondrá allí plantados  
Los pobres, donde hechos moradores,  
La tierra labrarán, que no envidiosa  
Alegrará copiosa  
Con rico y dulce fruto á sus señores;  
Y con dones mayores  
Irán siempre creciendo  
Ellos y sus ganados, porque el daño  
Y el ir disminuyendo  
No nace del mal año,  
Mas de los malos dueños; y por tanto,  
Sobre ellos verterá duelo y quebranto.  
Y dió al pobre riqueza  
Y sucesion ilustre, gozo al bueno,  
Para el malo tristeza,  
Y ponga esto el que es sábio dentro el seno.

SALMO CIX.—*Dixit Dominus*.

Asiéntate á mí, Rey, mi Dios le dice,  
A mi mano derecha;  
Que yo pondré lo que te contradice,  
Peana á tus piés hecha;  
Y de Sion tu vara fuerte envía  
Sobre tus enemigos;  
Que todos tus vasallos en un día  
Son nobles, son amigos;  
Que tú tienes en tí del nacimiento  
La fuerza y el rocío.  
Con que los naces llenos de contento,  
De luz y tanto brío.  
Mas cierto que de el sol la blanca aurora,  
El pasto el vientre lleno  
Y el sacerdocio en tí por siempre mora,  
Conforme al del rey bueno;  
Que Dios lo juró así, que nunca tira  
Ni muda lo jurado;  
Y Dios destroza reyes, puesto en ira,  
A tu derecho lado;  
Y pasará á cuchillo el mundo, llenos  
De muertos los fosados,  
Y los erguidos, dél, ni mas ni menos,  
Serán despedazados.  
Mas tú, que bebes turbio en la carrera,  
Ensalzarás bandera.

SALMO CXIII.—*In exitu Israel*

En la feliz salida  
Del pueblo y casa de Jacob famosa,  
De la desconocida,  
Bárbara y prodigiosa  
Tierra de Egipto idólatra y viciosa,  
La celestial morada,  
Gloria del mundo y célebre Judea,  
Fué allí santificada,  
Con la cual se recrea  
Su Dios, y en solo su favor se emplea.

Siente el favor glorioso  
Con que á su pueblo lleva Dios triunfando  
El mar, y temeroso  
Huye, y atrás volando,  
Vuelve el Jordan, su curso levantando.  
Allí de gozo el suelo  
(Como las ovejuelas y corderos  
Se alegran al seño  
De sus pastores veros),  
Se alegran montes, valles y oteros.  
El mar furioso y rio  
Ante el aspecto de su Dios sagrado  
No tiene poderío;  
Por solo su mandado  
Mueve la tierra á uno y otro lado.  
Y así del escabroso  
Estéril risco y de la piedra dura,  
Con ruido sonoro,  
Manaron en hartura  
Estanques y corrientes de agua pura.  
A ti se debe solo  
De tan ilustres hechos gloria entera,  
Que en nuestro humilde polo  
Ningun mortal hubiera  
Que de tan altas obras digno fuera.  
De tu piadoso celo  
Tenemos tantos bienes recibidos,  
Porque el bárbaro suelo,  
Viendonos oprimidos,  
No diga: «Están de Dios destituidos.»  
Pues desde el sacro asiento  
Del cielo, do tu Espíritu divino  
Reside, el fundamento  
Gobierna y da camino;  
Das solo lo que quiere tu destino.

Los simulacros vanos,  
Que los barbaros adoran humildemente,  
Son obras de sus manos,  
De plata reluciente,  
De oro ó de metal falso aparente.  
Los cánticos gozosos  
No gozarán, que sordos los oidos  
Tienen los poderosos;  
Y olores ofrecidos  
No los percibirán, por muy subidos.  
Sus manos veneradas  
No palparán su gloria, ni en el suelo  
Se verán sus pisadas,  
Ni aun para su consuelo  
Podrán ellos gemir su desconuelo.

SALMO CXXIV.—*Qui confidunt*.

Como ni trastornado  
El monte de Sion, y de su asiento  
Jamás será mudado,  
Ansí de mal exento  
Será quien tiene á Dios por fundamento.  
De montes rodeada  
Está Jerusalem y defendida,  
Y Dios tiene cercada  
A su gente escogida  
Con cerca que jamás será rompida.  
No entregará al injusto  
Cetro Dios la virtud, porque la rienda  
No suelte acaso el justo,  
Y en la vedada senda  
No meta el pié, ni al mal la mano extienda.  
Que Dios al bueno ampara  
Y cine con su gracia y don divino,  
Y al que con libre cara  
Sigue por el camino  
Derecho favorece de continuo;  
Mas los que por torcidos  
Senderos se desvian, engañados,  
Serán de Dios traídos  
A fines desastrosos;  
Libre el Señor de mal á sus amados

SALMO CXXIX.—*De profundis*.

De lo hondo de mi pecho  
Te he llamado, Señor, con mil gemidos;  
Estoy en grande estrecho;  
No cierres tus oidos  
A mis llantos y tristes alaridos.  
Si mirares pecados,  
Delante ti, Señor, la luz no es clara;  
Presentes y pasados,  
La justicia mas rara  
No osará levantar á tí su cara.  
Mas no eres riguroso.  
A un lado está por do nació indulgencia;  
Tú en medio vas sabroso  
A pronunciar sentencia,  
Vestido de justicia y de clemencia.  
Y así los pecadores,  
Teniendo en tí, su Dios, tal esperanza,  
Te temen y dan loores;  
Que á tu justa balanza  
Saben que está vecina confianza.  
Yo, Señor, en tí espero,  
Y esperando, le digo al alma mia  
Que mas esperar quiero,  
Y espero todavía,  
Que es tu ley responder al que confia.  
No espera á la mañana  
La guarda de la noche desvelada,  
Ni así con tanta gana  
Desea la luz dorada,  
Cuanto mi alma ser de tí acallada.

SALMO CXXXVI.—*Super flumina*.

Quando presos pasamos  
Los rios de Babilonia sollozando,  
Un rato nos sentamos  
A descansar llorando,  
De tí, dulce Sion, nos acordando.  
Allí, de descontentos,  
Colgamos de los sauces levantados  
Los dulces instrumentos  
Que, en Sion acordados,  
Solían tañer á Dios salmos sagrados.  
Colgámoslos de enojo  
De ver que aquellas barbaras naciones  
Tuviesen cruel autojo  
De oír cantar canciones  
A quien hacen llorar mil surazones.  
Ellos, como se vieron  
Cerca de Babilonia en su region,  
Cantá y tañe, dijeron,  
Y no cualquier canción,  
Sino uno de los cantos de Sion:  
Con amargos extremos  
Les respondimos: «Presos en cadena,  
¿Nos mandais que cantemos  
Salmos en tierra ajena  
De Dios y de toda cosa buena?»  
Si yo mientras viviere,  
De tí, Jerusalem, no me acordare,  
Do quiera que estuviere,  
Que ausente me hallare,  
De mí me olvide yo si te olvidare.  
Si en tal prision y mengua  
Puesto, por mi canción fuere cantada,  
La voz ronca y la lengua  
Al paladar pegada  
Quede, de haber cantado castigada.  
Si tuviere contento  
Sin tí, Sion, mi bien y mi alegría,  
Con aspero tormento  
Pague el placer de un día  
Con mil años de pena el alma mia.  
Ten, oh Señor, memoria  
De los hijos de Edon en la alegría,  
De tu ciudad y gloria,  
Vengando en aquel día  
Su furia, crueldad y tiranía.

Castiga estos feroces  
Guerreros, que venciendo no contentos,  
Dicen á grandes voces:  
«Derriba los cimientos,  
Asolad, asolad los fundamentos.»  
¡Oh Babilonia triste!  
Dichoso el que te diere el justo pago  
Del mal que nos hiciste,  
Y dijera: «Yo hago  
En nombre de Sion aqueste estrago.»  
Y en la justa venganza  
Mas bendito será quien mas llevare  
Por rigor la matanza,  
A los niños que hallar.  
Con piedras sin piedad despedazaro.

SALMO CXLV.—*Lauda anima*.

Mientras que gobernare  
El alma aquestos miembros, y entre tanto  
Que el aliento durare,  
Yo con alegre canto  
Mi Dios celebraré y su nombre santo.  
No funde su esperanza  
En los reyes ninguno, ni en sugeto  
Ponga su buena andanza,  
En poder imperfecto,  
En sí mismo, á miserias mil sugeto.  
El alma por su parte  
A su esfera con presto movimiento,  
Y en polvo la otra parte  
Se torna, y al momento  
Los sus intentos todos lleva el viento.  
Aquel será dichoso  
Y de buena ventura, que en su ayuda  
Pone á Dios poderoso,  
Que en solo Dios se esueda,  
Y nunca su fiducia de Dios muda.  
De Dios, que mar y tierra  
Y el cielo fabricó resplandeciente,  
Con cuanto dentro encierra;  
De Dios, que á toda gente  
Mantiene fe y palabra eternamente.  
Y saca de cadena  
Los piés injustamente aherrrojados,  
Da pan con mano llena  
A los necesitados,  
Es fiel justicia de los agraviados.  
Con mano poderosa  
Levanta y pone en pié al abatido,  
Da á ver la luz hermosa  
Al ciego, y con crecido  
Amor abraza al bueno y su partido.  
A su sombra se acoge  
El que anda desterrado y peregrino,  
Al huérfano recoge  
Y á la viudez, y el tino  
Hace que pierda el malo en su camino.  
Dios reina sobre cuanto  
O fué ya ó es agora ó despues fuere;  
Dios, que es tu Dios en tanto,  
Sion, que mundo hubiere  
Y un siglo á otro siglo sucediere.

## SALMO CXLVII.

Jerusalem gloriosa,  
Ciudad del cielo amiga y amparada,  
Loa al Señor, gozosa  
De verte dél amada,  
Loa á tu Dios, Sion, de Dios morada.  
Porque ves con tus ojos  
De tus puertas estar sobrecerrados  
Candados y cerrojos,  
A tus hijos amados  
Bendijo en tí por siglos prolongados.  
De bien y paz cenada,  
Tanto te guarda Dios, que no hay camino  
Por do seas ofendida;

Y con manjar divino  
Te harta y satisface de continuo.  
Aqueste Dios envía  
A la tierra su vez y mandamiento,  
Y con presta alegría  
Se obedece al momento,  
Sin poder resistir todo elemento.  
Envía y lanza nieve  
Como copos de lana carmenada;  
Aqueste es el que llueve,  
Y esparce niebla helada,  
Menuda cual ceniza derramada.  
Envía también del cielo,  
Cual planchas de cristal endurecido,  
El riguroso hielo,  
Cuyo frío nacido  
No puede reparar ningún vestido.  
Y aunque esta mas helado,  
Se derrite al divino mandamiento;  
Sopla el sonido airado  
De algún lluvioso viento,  
Y al punto suelta el agua el fundamento.  
Y aqueste Dios declara  
Su palabra á Jacob, su pueblo amado;  
Y en Israel, que ampara,  
Nos ha depositado  
La ley y ceremonias que ha ordenado.  
No ha hecho Dios tal cosa  
Con todas las naciones juntamente,  
Ni con lengua piadosa  
Manifestó á otra gente  
Su corazón tan cierta y tiernamente.

EL HIMNO *Pange lingua*.

Publica, lengua, y canta  
El misterio del cuerpo glorioso  
Y de la sangre santa  
Que dió por mi reposo  
El fruto de aquel vientre generoso.  
A todos nos fué dado,  
De la Virgen purísima María  
Por todos engendrado;  
Y mientras acá vivía  
Su celestial doctrina desparcía.  
De allí en nueva manera  
Dió fin maravilloso á su jornada  
La noche ya postrera,  
La noche descada,  
Estando ya la cena aparejada.  
Convida á sus hermanos;  
Y cumplida la sombra y ley primero,  
Con sus sagradas manos  
Por el legal cordero  
Les da á comer su cuerpo verdadero.  
Aquellos criadores,  
Palabra con palabra, sin mudarse,  
Lo que era pan agora  
En carne hace tornarse  
Y el vino en propia sangre trastornarse.  
Y puesto que el grosero  
Sentido se acobarda y desfallece,  
El corazón insano  
Por eso no enflaquece,  
Porque la fe le anima y favorece.  
Honremos pues, echados  
Por tierra, tan divino Sacramento,  
Y quedén desechados,  
Pues vino el cumplimiento,  
Los ritos del Antiguo Testamento.  
Y si el sentido queda  
Pasmado de tan alta y nueva cosa,  
Lo que él no puede pueda,  
Ose lo que él no osa,  
La fe determinada y animosa.  
¡Gloria al Omnipotente,  
Y al gran Engendrador y al Engendrado,  
Y al inefablemente  
De entrambos inspirado  
Igual loor, igual honor sea dado!

## CAPÍTULO ÚLTIMO DE LOS PROVERBIOS.

El sábio Salomon aquí pusiera  
Lo que para su aviso, de recelo  
Su madre y de amor llena le dijera.  
¡Ay hijo mio! Ay dulce manojuelo  
De mis entrañas! Ay mi deseado,  
Por quien mi voz continuo sube al cielo!  
Ni yo al amor de hembra te vea dado,  
Ni en manos de mujer tu fortaleza,  
Ni en daño de los reyes conjurado;  
Ni con beodez afees tu grandeza,  
Que no es para los reyes, no es el vino,  
Ni para los jueces la cerveza;  
Porque en bebiendo olvidan el camino  
De fuero, y ciegos tuercen el derecho  
Del oprimido pobre y del mezquino.  
Al que con pena y ansia está deshecho,  
Aquel dad vino vos, la sidra sea  
De aquel á quien dolor le sorbe el pecho.  
Beba y olvidese, y no siempre vea  
Presente su dolor adormecido;  
Húrtese aquel espacio á la pelea.  
Abre tu boca dulce al que afligido  
No habla, y tu tratar sea templado  
Con todos los que corren al olvido.  
Guarda justicia al pobre y al cuitado,  
Amparo halle en ti el menesteroso,  
Que así florecerá tu casa-estado.  
Mas, ¡oh si fueses, hijo, tan dichoso,  
Que hubieses por mujer hembra dotada  
De corazón honesto y virtuoso!  
Ni la perla oriental así es preciada,  
Ni la esmeralda que el oír envía,  
Ni la vena riquísima alejada.  
En ella su marido se confía  
Como en mercadería gananciosa;  
No cura de otro trato ó granjería.  
Ella busca su lino hacendosa,  
Busca algodón y lana diligente,  
Despierta allí la mano artificiosa.  
Con gozo y con placer continuamente  
Alegra, y con descanso á su marido;  
Enojo no jamás, ni pena ardiente.  
Es bien como navio bastecido  
Por rico mercader, que en sí acarrea  
Lo bueno que en mil partes ha cogido.  
Levántase, y apenas alborea,  
Reparte la ración á sus criados,  
Su parte á cada uno y su tarea.  
Del fruto de sus dedos y hilados  
Compra un heredamiento que le plugo,  
Plantó fértil majuelo en los collados.  
Nunca el trabajo honesto le desplugo,  
Hizo sus ojos firmes á la vela,  
Sus brazos rodeó con fuerza y jugo.  
Esle sabroso el torno, el aspa y tela,  
El adquirir, la industria, el ser casera;  
De noche no se apaga su candelá.  
Trae con mano diestra la tortera;  
El fuso, entre los dedos volteando,  
Le huye y torna luego á la carrera.  
Abre su pecho al pobre que llorando  
Socorro le rogó, y con mano llena  
Al falto y al mendigo va abrigando.  
Al cierzo abrasador, que sopla y suena,  
Y esparce hielo y nieve, bien doblada  
De ropa, su familia está sin pena.  
De redes que labró tiene colgada  
Su cama, y rica seda es su vestido  
Y púrpura finísima preciada.  
Por ella acatado es su marido;  
En plaza, en consistorio, en eminente  
Lugar por todos puesto y bendecido.  
Hace también labores de excelente  
Obra para vender; vende al joyero  
Franjas tejidas bella y sutilmente.  
¿Quién contará su bien? Su verdadero  
Vestido es el valor, la virtud pura;  
Alegré llegará al día postrero.  
Cuanto nace en sus labios es cordura,  
De su lengua discreta cuanto mana

Es todo piedad, amor, dulzura.  
Discurra por su casa, no está vana  
Ni ociosa, ni sin que ya se le deba,  
Se desayunará por la mañana.  
El coro de sus hijos crece, y lleva  
Al cielo sus loores, y el querido  
Padre con voz gozosa los aprueba,  
Y dice: «Muchas otras han querido  
Mostrarse valerosas, mas con ella  
Compuestas, como si no hubieran sido»  
Es aire la tez clara como estrella,  
Las hermosas figuras burlería;  
La hembra que á Dios teme, esa es la bella.  
Dadle que goce el fruto, el alegría  
De sus ricos trabajos; los extraños,  
Los suyos por las plazas á porfía  
Celebren su loor eternos años.

## CAPÍTULO III DE JOB.

Al fin creciendo en Job el dolor fiero,  
Gimió del hondo pecho, y convertido  
Al cielo, lagrimoso habló el primero.  
Y dijo maldiciendo: «¡Ay! Destruído  
El día en que nací, la noche sea,  
En que mezquino yo fui concebido!  
Tórnese aquel maldito día en fea  
Tiniebla, no le mire alegre el cielo,  
Ni resplandor de luz en el se vea.  
Poseale por suyo en negro velo  
La muerte rodeada, para asiento  
De nubes, de amargor, horror, recelo.  
Y aquella triste noche no entre en cuento  
Con esos ni con años, condenada  
A tempestad oscura y bravo viento.  
Fue noche solitaria y desastrada,  
Ni canto sonó en ella, ni alegría,  
Ni música de amor dulce, acordada.  
Maldiganla los que su amargo día  
Lamentando maldicen, los que hallaron  
Al fin de su pescar la red vacía.  
En su alba los luceros se anublaron,  
El sol no amaneció, ni con la aurora  
Las nubes relocadas variaron.  
Pues de mí ser primero en la triste hora  
No puso eterna llave á mi aposento,  
Y me quitó el sentir lo que veo agora.  
¿Por qué no perecí luego al momento  
Que vine á aquesta luz? Por qué salido  
Del vientre, recogí el común aliento?  
¿Por qué de la partera recibí  
En el regazo fui? Por qué á los pechos  
Maternos fui con leche mantenido?  
Que si muriera entonces, mil provechos  
Tuviera, y ya durmiendo descansara;  
Pagara ya á la muerte sus derechos.  
Con muchos altos reyes reposara,  
Con muchos poderosos que ocuparon  
Los campos con palacios de obra rara;  
Y con mil ricos hombres que alcanzaron  
Del oro grandes sumas, hasta el techo  
En sus casas la plata amontonaron.  
Y si antes del nacer fuera deshecho,  
Y cual los abortados niños fuera,  
Que del vientre á la huesa van derecho,  
Adó repuesta ya la vista fiera  
Del violento yace, y los cansados  
Brazos gozan de holganza duradera;  
Adó de las prisiones libertados  
Están los que por deudas presos fueron,  
Sin ser del acreedor mas aquejados;  
Los que pequeños y altos fueron,  
Mezclados allí son confusamente;  
No tienen amo allí los que sirvieron;  
Que ¿para qué ha de ver el sol luciente  
Un miserable? Y ¿para qué es la vida  
Al que vive en dolor continuamente;  
Al que desea ansioso la venida  
De la muerte que huye, y la persigue  
Mas que la rica vena es perseguida;

Al que se goza alegre si consigue  
El fenecer muriendo, y si le es dado  
Hallar la sepultura, aqueso sigue;  
Al que es como yo triste, á quien cerrado  
Le tienen el camino, y uno á uno  
Los pasos con tinieblas le han atado?  
Mi hambre con suspiros desayuno;  
Y como sigue al trueno, á mis gemidos  
Así sigue una lluvia de importuno.  
Lloro, que me consume. ¡Ay!; cuán cumplidos  
Veo ya mis temores! cuán ligeros!  
Cuán juntos en mi daño y cuán unidos!  
¿En qué merecí yo males tan fieros?  
¿Por dicha no traté templadamente  
Con el vecino y con los extranjeros?  
Y soy ferido así severamente.»

## CAPÍTULO IV DE JOB.

Lifaz, de aqueste fin mal ofendido  
(Después de con los ojos haber dado  
Señas á los amigos), con fingido  
Habló revuelto á Job, «Aunque pesado  
Y grave el disputar te será agora,  
Dice, ¿quién callará lo que ha pensado?»  
¿Qué es esto? ¿Y eres tú el que antes de agora  
A todos aconsejabas, los caídos  
Alzabas con tu voz consoladora?  
¿Eres por quien los brazos descaídos  
Cobraron nueva fuerza, y el medroso  
Temblor huyó los pechos afligidos?  
¿Para otros sábio, y para ti faltoso?  
Quebraste al primer toque, y un avieso  
Caso desapareció tu ser ventoso.  
¿Por dicha no demuestra este suceso  
Que tu derecha era burlería,  
Tu religión, tu vida y tu proceso?  
¿Qué sirve preguntar: «Cuál culpa mia  
Es digna deste mal»? ¿Qué justo ha sido  
Cortado en la sazón que florecía?  
Como al revés ha siempre acontecido,  
Que el hacedor del mal recoge el fruto  
Conforme á la simiente que ha tendido.  
Su gozo se convierte en triste luto  
En soplando el Señor; ante su aliento  
El mal verdor se torna seco, enjuto.  
Al bramador león en un momento  
Y á la fiera leona vuelve mudos,  
Y quiebra al leoncillo el diente hambriento.  
Y quita de las uñas á los crudos  
Tigres la amada presa, y desparcidos  
Los pobres hijos van, de bien desnudos.  
No te pregones justo. En mis oídos  
Sonó lo que diré, y á malas penas  
Cogieron parte dello mis sentidos.  
Cuando tintas del negro humor las venas,  
Caiga la pesadilla al hombre, y cuando  
La noche ofrece formas de horror llenas,  
Adentro de los huesos penetrando,  
Un súbito pavor me sobrevino,  
Y sin saber de qué, quedé temblando.  
Y como soplo un aire peregrino  
Pasó sobre mi rostro, y cada pelo  
Se puso en mí mas yerto que el espino.  
Y pareció ante mí en obscuro velo  
En pie, no supe quién, vi una figura,  
Oí como una voz que aguza el duelo.  
Y dijo: «¿A par de Dios por aventura  
Se abonará el mortal? ¿La vida humana  
Ante su Hacedor mostrarse ha pura?  
» Si no dió á su familia soberana  
Constancia duradera, si no puso  
En sus ángeles luz del todo sana,  
¿Cuánto menos al hombre, que compuso  
De polvo, que en terrena casa mora,  
Que el ocio le entorpece y gasta el uso;  
» Que nace como flor por el aurora,  
Y en la tarde marchito desaparece,  
Y no queda del rastro en breve hora?  
» ¿Por qué no tiene apoyo? Así acontece

Al escogido, al vil, así alpreciado,  
Y el miserable vulgo así perece,  
Y en esto es con los brutos igualado.»

## CAPÍTULO V DE JOB.

Y añade: «Pero si no soy creído,  
Llama quien te defiende, si parece  
Alguno, ó di cuál santo cual tu ha sido.»  
Cual vive, á cada uno así acontece.  
A manos de su antojo el tonto muere,  
El malo y revoltoso en lid perece.

Por mas bien arraigado que estuviere,  
Al malo, si le veo, le maldigo,  
Y mas cuanto mas rico y feliz fuere.

¡Ay, cuán amargo trueque, ay triste, digo,  
Te espera! Que tus hijos condenados  
Por carceles irán sin bien ni abrigo.

Langostas comerán los tus sembrados,  
No les defenderá el seto, la espina,  
Tus bienes del ladron serán robados;  
Que cierto es que la tierra no es malina  
De suyo, ni jamás produce el suelo  
Por culpa suya mal ó cosa Indiana.

El hombre es solo aquel á quien de suelo  
Le viene el producir maldad y pena,  
Como es á la centella propio el vuelo.

Yo juzgo que el valer, la suerte buena  
Es el buscar á Dios; en el su oído  
Mi voz y mi oracion continuo suena.

Gran hacedor de hazañas que en sentido  
No caben, de proezas cuyo cuento  
No puede ser por sumas recogido.

Levanta adelgazando el elemento  
Del agua, y vuelto en lluvia, lo derrama  
Por la faz de la tierra en un momento.

Del polvo sube en alto, y encarama  
A la bajeza humilde, y al cercado  
De noche torna á luz y buena fama.

Deshace y desharata el avisado  
Intento del engaño, y no consiente  
Que consiga el traidor lo deseado.

Con sus artes enlaza al mas prudente,  
Con sus avisos mismos, y la liga  
Destruye de la falsa y mala gente.

La luz se le ennegrece y le fatiga,  
Y como en noche oscura estropezando,  
No sabe el resabido por dó siga.

Valiente salvador del pobre cuando  
Le oprime ya el tirano, y cuando el crudo  
Cuchillo encima del va relumbrando.

Es para el desarmado fiel escudo,  
Al solo es rico bien, rica esperanza,  
Al opresor burlado deja y mudo.

Dichoso el hombre que de Dios alcanza  
Ser corregido aquí; por esto amigo  
Sufre su disciplina con templanza;

Que si te pasa el pecho su enemigo  
Fiero, te sanará con blanda mano,  
Hará venir el bien tras el castigo.

De los trabajos seis el soberano  
Victoria te dará, aun del seteno  
Te sacará gozoso, alegre y sano.

El te sustentará si el mal sereno  
Cielo quemare el campo, en el sonido  
Al arma, te pondrá dentro en su seno.

Guardado te tendrá y como escondido  
De la perversa lengua; sano y ledo,  
Si el aire se dañare corrompido.

Si la tierra temblare, estarás quedo;  
Si le asolare el robo, tú, seguro,  
Ni de las bestias fieras habrás miedo.

Aun los peñascos mismos, aun el duro  
Roble te acatarán, y la fiereza  
Se volverá contigo en amor puro.

De paz verás cercada y de nobleza  
Tu casa, y mirarás con diligencia,  
Y falta no verás en tu grandeza.

Verás multiplicar tu descendencia,  
Sus pimpollos crecer cual crece el heno,  
A quien el cielo mira con clemencia.

En la fuesa entrarás de días lleno,  
Maduro y bien grabado, como espiga  
Cogida con sazón en año bueno.

Aquesto (la verdad que yo te diga)  
Es todo cuanto alcanzo, cuanto hallo,  
Y cierto es ello; así tu oreja siga  
Mi voz, tu pecho empléese en pensallo.

## CAPÍTULO VI DE JOB.

Los ojos en Lifaz como enclavados,  
De nuevo dolor lleno y de amargura,  
Los brazos sobre el pecho ambos cruzados,  
Ojala, dice Job, que mi ventura  
Tal fuera, que en un peso se pesara  
Mi queja juntamente y suerte dura.

Entonces vieras tú cual trasparara  
A cuál, cuanto es mayor el mal que siento  
Que el lloro. ¡Ay, que la voz me desampara!

Agudos pasadores (¡ay!) sin cuento  
Me beben sangre y vida ponzoñosos;  
Soy de dolores mil amargo asiento.

¡Bramó por yerba, dime, en los viciosos  
Bosques el corzo, ó di, dió el huey bramido  
En los pesebres llenos, abundosos?

¿O viste que pudiese ser comido  
Lo amargo, ó que lo soso y desalado  
No pareciese a todos desabrido?

Ni el que está alegre flora, ni el cuitado  
Puede callar su mal; y yo así agora,  
Si querellosos estoy, estoy llagado.

¡Oh, quien me concediese en esta hora  
Aquello que demando! Oh, si cumpliese  
Mi voluntad el que en lo alto mora!

Que pues lo comencé, me deshiciese,  
Que á su mano soltase ya la rienda,  
Y que en menudas piezas me partiese.

Y me consuele en esto, que no atienda  
A si me dolera, sino que acabe,  
Seguro que yo nunca me defienda.

Que ¿cual es mi valor para en tan grave  
Mal no desfallecer? ¿qué valentía  
Para durar al fin que no se sabe?

¿Por dicha es de metal la carne mía?  
¿Soy bronce, soy acero? Mi dureza  
¿Con la del pedernal tiene porfía?

Ni en mi para valerme hay fortaleza,  
Ni en los amigos hallo algun consuelo,  
Sino en lugar de amor, fiero extrañeza.

¡Oh! ¿Quién viendo al amigo por el suelo  
Olvida la amistad, el tal ¿osado  
Será á poner las manos en el cielo?

Mis dedos como arroyos me han faltado,  
Como arroyos que corren de avenida  
Por los valles con paso acelerado.

Van turbios con la esearcha derretida,  
Van turbios y crecidos con el hielo  
Y nieve que va en ellos escondida.

Mas dende á poco tiempo como en vuelo  
Se pasan y deshacen; al estío,  
Por do pasaron, seco torna el suelo.

Por do sonaba hinchado un grande río  
El paso va torciendo una delgada  
Vena que falta, y queda al fin vacío.

Mirólos desde lejos la calzada  
De Temano, mirólos el camino  
De Arabia, la en riquezas abastada.

Viólos el caminante, á ellos vino  
Cansado, cuando llegó habian pasado,  
Confuso condenó su desatino.

Tal es lo que conmigo habeis usado.  
Venistes, y sin causa justa alguna  
Ingratos contra mi os habeis mostrado.

¿Dije por aventura: «Dadme una  
Parte de vuestro haber?» ¿Mi voz ha sido  
En algo pediguena ó importuna?

¿O he que me librades querido  
De algun grave enemigo temeroso?  
¿Qué bien ó qué rescate os he pedido?

Hablad, si teneis qué, que con reposo

Os prestaré atención. Decidme agora  
Si os he ofendido en algo ó soy penoso.  
¡Oh, como es poderosa y vencedora  
En todo la verdad! Oh, como en nada  
Me empeece vuestra voz acusadora!

En vuestro imaginar está fundada  
Vuestra reprehension, de solo el viento  
Movistes contra mi la voz airada.

El caso es que en cayendo uo, al momento  
To los son contra él; á un ferido,  
A un amigo vuestro dais tormento.

Queved bien atender á mi gemido,  
Mirad mi razon toda atentamente,  
Veréis que ante vosotros no excedido;

O si os place, tornemos blandamente  
A razonar sobre ello, tornad luego,  
Verase mi razon mas claramente.

No torcerá jamás por mal, por ruego,  
Mi lengua á la maldad; que si me duelo,  
Si lloro, soy de carne y ardo en fuego,  
Y siento como cuantos tiene el suelo.

## CAPÍTULO VII DE JOB.

¡Ay, no tuviera el hombre señalado  
Tiempo para morir! Ay, no tuviera,  
Como el obrero tiene, un fin tasado!

Con el deseo que la sombra espera  
El siervo trabajado, ó el jornalero  
Que el sol fenezca aguarda su carrera;

Así esperando yo el día postrero,  
En vano muchos meses he contado,  
Mil noches he tenido en dolor fiero.

Cuando me acuesto digo: «Ya es llegado  
Mi fin, no hay levantar;» y á la mañana:  
«No hay tardé;» y á la fin quedo burlado.

Alárgase mi mal, toda es temprana  
Hora para mi fin, aunque vestido  
De podre, aunque no tengo cosa sana.

Cual lanzadera en tela, así han corrido  
Mis días descansados, mi contento  
Voló, y el mi esperar en vano ha sido.

¡Ay! miembrate de mí, Señor, pues viento  
Conoces que es mi vida, y que pasada,  
No tornará á gozar de luz, de aliento.

No me podrá mas ver vista criada,  
Si un poco tu clemencia mas se olvida;  
Cuando me querrás ver, no verás nada.

Llovió, y pasó la nube; así es la vida,  
Así quien una vez bajó á la oscura  
Region, no halla vuelta ni subida,

Ni torna mas á ver la hermosura  
De su dorado techo y alta casa,  
Ni le conoce mas su mesma hechura.

Sino yo menos puedo poner tasa  
A mi doliente voz; diré mi pena,  
Diré cuánto la amarga ánima pasa.

¿Qué es esto? ¡ay! di, Señor, ¿yo soy ballena,  
Soy mar, que á cada lado, á cada parte  
Y encuentro en el dolor y en la cadena?

Si digo: «Del dulzor que el sueño parte  
Mi lecho no será escaso amigo,  
Allí podré olvidar de mi mal parte;»

Con temerosas formas enemigo,  
Me tomas el descanso así espantoso,  
Que el despierto dolor abrazo y sigo.

El lazo estrecho y erudo por sabroso  
Escoge el alma mía, y cualquier suerte,  
Y no este cuerpo flaco y doloroso.

Aborrezco el vivir, amo la muerte;  
Y pues es tan forzoso, ¡ay! venga luego,  
No guarde un ser tan vil tu mano fuerte.

¿Cuál es, sino bajeza, el hombre, y juego,  
Para que cuide del tu providencia,  
O le deshaga el hierro ó quemé el fuego?

¿Para que en la alborada con clemencia  
Le mire cada día y le remire  
Por horas, por momentos tu excelencia?

¡Ay! ¿cuando has de acabar? O se retire  
De sostener la vida miserable  
Tu mano, ú dame alivio en que respire.

Si dicen que pequé, tu ser estable  
¿Qué pierde, para que por blanco opuesto  
Me tengas, hecho peso intolerable,  
A mi mismo? Señor, amansa presto,  
Amansa ya tu brazo riguroso,  
No tengas ya en tus ojos mi mal puesto.  
¿No ves que si emperzas vagaroso,  
Hoy me pondré á dormir en este suelo,  
Y al alba, si me buscas piadoso,  
No hallarás de mi un solo pelo?

## CAPÍTULO VIII DE JOB.

Aquí Baldad airado abrió la boca.  
¿Qué fin ha de tener tu parlería,  
Dice, tu presuncion ventosa, loca?

¿Hizo jamás Dios sobra ó demasia?  
¿Torcí el derecho á nadie? ¿Armó la mano,  
Faltándole razon, con tiranía?

Si ciegos de su error tus hijos, vano,  
Pecaron contra él injustamente,  
Los derribó con brazo soberano.

Y tu si con cuidado diligente  
Agora despertares tus sentidos,  
Si á Dios los convirtieres humildemente,

Si con pura limpieza en sus oídos  
Sonares, él tambien de madrugada  
Te colmará de bienes escogidos.

Y quedará zaguera tu pasada  
Felicidad, riqueza y buena suerte,  
Con tus postrimerías comparada.

Pregunta á los ancianos, vé y convierte  
Tus ojos por los siglos ya primeros,  
En los antiguos casos mira, advierte.

(Que nos ayer nacimos, y ligeros  
Volamos mas que sombra y como el viento,  
Y en el saber quedamos muy postreros.)

Ellos te enseñarán con largo cuento,  
Ellos te hablarán, y del divino  
Pecho producirán reconocimiento.

Diránte que es notorio desatino  
Pedir verdor al junco, ni hermosura,  
Que no está junto al agua de continuo.

Que si parece estar en su frescura,  
Sin que le toque el hierro ni la mano,  
Primero que ninguna otra verdura

Se seca, y que ansimesmo el ser humano  
Perece de cualquier que Dios olvida;  
De todo falso hipócrita profano.

Al cual su vanidad á conocida  
Calamidad conduce, y su esperanza  
Es tela adó la araña hace su vida;

Adó el flaco animal cuando el pié lanza,  
No halla dó estribar, y aunque procura,  
Caido, levantarse; no lo alcanza.

Tambien te enseñarán que cuanto dura  
A la planta el humor, y el sol benigno  
La mira, crece en ramos y frescura.

Y abriendo por las piedras, da camino  
A sus firmes raíces, y enredada  
Con las peñas, las pasa mas que fino

Acero; y que si acaso es arrancada  
De su lugar, así que quien la vido  
Diga, no queda rastro ni pisada;

Entonces es su gozo mas crecido.  
Por uno mil pimpollos vigorosa  
Produce dentro el polvo removido.

Ello es verdad perpétua no dudosa;  
Jamás á la bondad de Dios desampara,  
Jamás á la maldad hace dichosa.

Ni le dejes tú á él, que él nunca para,  
Hasta que de loor te colme el pecho,  
Hasta que bañe en gozo boca y cara.

Los malquerientes tuyos al despecho  
Entregarán confuso; que el estado  
Del bueno nunca viene á ser deshecho,

Ni el del malo jamás es prosperado.